

INTRODUCCIÓN

Néstor Ibarra, buen amigo y primer traductor al francés de Borges, conoció a nuestro autor, casi dos lustros mayor que él, a finales de la década de 1920, cuando estaba a punto de doctorarse en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Para Ibarra la lectura de los textos de Borges fue todo un descubrimiento, hasta el punto de que quiso convertirlo en el tema de su tesis doctoral. Sus profesores, no obstante, le disuadieron, pues aunque Borges ya tenía cinco libros publicados, todavía no había cumplido los treinta años. Ibarra aceptó otro tema para su tesis, pero ya en 1930 dio a la imprenta un libro dedicado principalmente a la figura de Borges.¹

Desde entonces han sido muchos los que se han aplicado al estudio de la obra de Borges, y no sólo, por cierto, dentro de la disciplina literaria. Las monografías consagradas al escritor argentino superan ya el millar. La obra del que imaginó el universo como una biblioteca ha venido a ocupar, así, un generoso espacio en los estantes de la biblioteca universal, y su expansión continúa, vertida en las diversas lenguas de Oriente y Occidente.

Escribir sobre un autor de la fama de Borges tiene ventajas e inconvenientes. Las ventajas son obvias: el hecho de que un autor haya conquistado un lugar de honor en la memoria de los hombres suele responder a la excelencia de su obra, y eso asegura el enriquecimiento del estudioso y el interés de un público más o menos amplio. Pero los inconvenientes son aún más evidentes.

Desde el punto de vista del estudioso, y superada la fase de perplejidad centrada en la pregunta acerca de qué se puede decir sobre el autor en cuestión que no se haya dicho ya, que es sin duda el obstáculo más imponente,

¹ Cfr. María Esther Vázquez, *Borges. Esplendor y derrota*, Tusquets, Barcelona, 1999, p. 105, n. 3. El libro al que nos referimos es *La nueva poesía argentina: ensayo crítico sobre el ultraísmo, 1912-1929*.

queda la ardua navegación por el enorme piélago de la bibliografía secundaria, donde se agitan cientos de títulos, miles de páginas, en reproducción constante. Entonces, aprovechando las corrientes más transitadas, que por algo lo son, hay que echar las redes insistentemente hasta dar con las páginas menos secundarias. Y es que, cuanta mayor es la fama de un autor, más páginas realmente *secundarias* produce, pues fácilmente el discurso incurre en la repetición y el tópico y se traslada al terreno de lo aventurado o incluso de lo legendario.

Pesa, además, a lo largo de la travesía, la «angustia de la influencia» que todo «poeta fuerte» ejerce no sólo sobre los poetas posteriores sino también sobre sus críticos; a la hora de analizar la obra de un autor con una personalidad literaria tan poderosa como la del que nos ocupa, es realmente difícil resistir a esa fuerza centrípeta que incansablemente empuja al estudioso a ponerse en la posición exacta del autor y a mirar con sus ojos; prueba de ello es que la literatura sobre Borges es a menudo más borgesiana que el propio Borges.

Desde el punto de vista del lector, es inevitable cierta reserva ante el nuevo texto, pues legítimamente puede preguntarse, como antes desde su perspectiva el estudioso, hasta qué punto va a encontrar algo mínimamente nuevo o sugerente. Quizá, incluso, al tiempo que lee estas primeras líneas, el lector evoque aquellas ocasiones en que ha leído un prólogo como éste al frente de unas páginas en las que no encontró más que ecos de otras lecturas sobre Borges, que a su vez se abrían con un proemio similar...

Por nuestra parte, en el papel del estudioso, creemos haber superado casi todos los obstáculos que se nos presentaban: tras unos meses de navegación encontramos un área apenas visitada por nuestros predecesores en los estudios borgesianos; la propia virginidad de esas aguas disolvió en parte la labor de selección bibliográfica. No podemos asegurar, en cambio, la perfecta independencia del trabajo; nos resulta difícil determinar en qué medida hemos sido capaces de mirar la obra de Borges desde fuera de su órbita y en qué medida el resultado de la observación está más allá del alcance de su sombra.

Al lector corresponde la valoración de ese punto, así como el del interés y el rigor de las páginas que siguen. Desearíamos defraudar, en definitiva, aquella reserva a la que nos referíamos unas líneas más arriba. Desearíamos, aún más, que el presente trabajo fuera el pórtico de una nueva línea de investigación en el marco de los estudios sobre el escritor argentino, pues

buena parte de lo que aquí se presenta es ampliable en más de una dirección: no agotaremos aquí la pesca de este rincón del mar.

Por qué *Borges y la Biblia* y cómo *Borges y la Biblia*. A continuación nos proponemos justificar el objeto de este estudio, dar razón del referente metodológico y del plan que lo han guiado, y presentar brevemente los capítulos que lo componen.

Al realizar una búsqueda sobre la bibliografía relativa a Borges en la *MLA International Bibliography* de la Modern Language Association of America, se constata, además y a pesar del continuo incremento de ésta —el registro supera ampliamente los mil títulos—, que apenas una decena de entradas atañen a la relación del autor con la Biblia. Son llamativamente pocos los estudiosos que se han ocupado de esta cuestión; entre ellos sobresale la profesora Edna Aizenberg, del Marymount Manhattan College de Nueva York, que ha centrado su atención en lo que hay de hebraísmo en el escritor y en su obra.

Esta lista contrasta fuertemente con otra, que es la que recoge el catálogo que publicó la Biblioteca Nacional de Madrid con motivo de la exposición en homenaje a Borges que organizó del 13 de noviembre de 1985 al 15 de enero de 1986.² Se trata de un elenco de todos los autores explícitamente citados en las páginas del corpus borgesiano. Esa lista viene acompañada por tres columnas que presentan, respectivamente: el título de la obra del autor reseñado, si aquél es citado; la obra —de Borges— citante; y el número de citas que se hallan.

Pues bien: después de un laborioso recuento, el curioso descubre que la Biblia es la segunda fuente más citada por Borges, en paridad con William Shakespeare; ambos registros cuentan con 110 citas.³ Les precede Leopoldo Lugones, con 117, y les siguen Dante (77), Homero (76), José Hernández (68), Miguel de Cervantes (61), Arthur Schopenhauer (58), Evaristo Carriego (58), Virgilio

² Cfr. *Borges*, Biblioteca Nacional, Madrid, 1986.

³ Curiosamente, la lista distingue, separándolos del registro «Biblia», los registros «Juan, Santo» y «Lucas, Santo», a pesar de que bajo el registro «Biblia» ya ha presentado algunas citas de san Juan y de san Lucas. Suponemos que se trata de un error del programa BORGESSE, autor del listado. Hemos detectado, por otra parte, no pocas omisiones. Nos hemos limitado a sumar las citas dispersas consignadas en el catálogo. Asumimos, por otra parte, que también en el caso de otros registros ha podido haber omisiones.

(56), Platón (52), G. K. Chesterton (51) y Walt Whitman (50), si nos limitamos a registrar los autores citados al menos cincuenta veces. Si tenemos en cuenta que nuestro autor tiene obras dedicadas expresamente a Lugones (*Leopoldo Lugones*), a Dante (*Nueve ensayos dantescos*), al *Martín Fierro* de Hernández (*El «Martín Fierro»*) y a Carriego (*Evaristo Carriego*), que concentran muchas de las citas computadas, la presencia de la Escritura a lo largo y ancho de su corpus literario queda de algún modo enfatizada.

No consideramos como una coincidencia, por cierto, el hecho de que la obra de algunos de esos autores, como Dante o Shakespeare, y la de otros muy presentes también en las páginas de Borges, como san Agustín, John Milton, William Blake o Emmanuel Swedenborg, mantenga una estrecha relación con el libro sagrado de la tradición judeocristiana. En fin: a la vista de estos datos y consideraciones, que podrían ser coloreados con abundantes declaraciones del propio escritor, la pregunta acerca de por qué *Borges y la Biblia* pierde en parte su sentido, y se impone —lamentamos que pueda resultar arrogante— la contraria: por qué no, hasta ahora, *Borges y la Biblia*.

En cuanto al carácter de este trabajo, su metodología y su plan, baste decir que se plantea como un estudio de recepción, teniendo en cuenta la distinción ya clásica que en el ámbito de la literatura comparada se ha realizado entre los estudios de influencia y los estudios de recepción, según la cual, observándose la presencia de un autor u obra A en un autor u obra B, los primeros atienden sobre todo a A, mientras que los segundos centran su atención en B, tomando a B como punto de partida del análisis. En el fondo de este planteamiento yace la convicción de que el fenómeno de la recepción no es algo pasivo, sino que constituye una verdadera actividad. Así lo han expresado Brunel y Chevrel: «Recevoir est une *activité*. [...] Les études de réception choisissent donc de mettre l'accent sur l'activité de celui qui reçoit, plus que sur l'activité potentielle de l'objet reçu».⁴

Pocos receptores más activos, en realidad, que Borges. De manera que, más allá de mostrar la presencia de la Biblia en la obra del argentino, algo por otra parte bastante evidente —basta con ojear sus libros—, procurare-

⁴ Pierre Brunel e Yves Chevrel, *Précis de littérature comparée*, Presses Universitaires de France, Paris, 1989, p. 180.

mos poner de manifiesto de qué modo recoge o reelabora Borges la materia bíblica en su propia obra. Y no nos detendremos a desmenuzar todas y cada una de las referencias bíblicas que se hallan en ella, sino que consideraremos aquellas figuras de la Escritura de las que él se sirvió preferentemente, esto es, de una manera reiterada. Así, con una motivación funcional pero también estética, hemos condensado esa presencia en una serie de personajes, cada uno de los cuales, más allá de su particular historia o de su mensaje, encarna en el universo de Borges una problemática bien precisa y a menudo nuclear.

Es entonces, a la hora de valorar la recreación bíblica en el contexto de la obra del escritor, cuando el trabajo viene a ser más hermenéutico y cuando la bibliografía secundaria borgesiana empieza a resultar útil. A estas alturas de la exposición, no obstante, ya ha quedado claro que se trata de un trabajo realizado casi exclusivamente sobre dos grandes fuentes primarias: la Biblia y la obra de Borges, especialmente su obra poética, que es, de hecho, donde más explícitos y recurrentes son los préstamos bíblicos.

Pero teniendo en cuenta las peculiaridades de esas fuentes, nos vemos obligados a seguir a Umberto Eco e incorporar al binomio A-B un factor X. En efecto, la Biblia es un texto recibido por una multitud de autores anteriores a Borges, y Borges, por su parte, es un autor que ha recibido —como pocos— a una multitud de autores además de la Biblia, muchos de los cuales fueron, a su vez y como hemos sugerido más arriba, eminentes receptores de la Biblia. La propuesta de Eco, que nos parece muy pertinente en este caso, es la siguiente: «Purtuttavia, non si può parlare del concetto di influenza in letteratura, in filosofia, se non si pone al colmo del triangolo un X. Vogliamo chiamare questo X la cultura, la catena delle influenze precedenti? Per essere coerenti con i nostri discorsi di questi giorni, lo chiameremo l'universo dell'enciclopedia».⁵

Esa X que domina el triángulo queda cifrada, en el marco de nuestro trabajo, en la primera parte, «La literatura y la Biblia», que se divide en dos ca-

⁵ Umberto Eco, «Sul concetto di influenza: Borges e Eco», en María J. Calvo Montoro y Rocco Capozzi (eds.), *Relaciones literarias entre Jorge Luis Borges y Umberto Eco*, Ed. de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1999, p. 280.

pítulos. El primero de ellos servirá para dar a esta investigación un contexto alternativo al de los estudios borgesianos: desde finales de la década de 1970, el mundo académico anglosajón se ha interesado vivamente por la cuestión bíblica —la Biblia como literatura, la Biblia y la literatura— y ha producido interesantes textos, globales y monográficos, sobre esta materia; cabe destacar, en este sentido, la relevante aportación del profesor Northrop Frye, de la Universidad de Toronto. Tras este repaso bibliográfico, que refleja la vasta influencia de la Sagrada Escritura en la literatura occidental, el segundo capítulo se centra en tres autores cuya obra presenta una deuda notable con la Biblia, y que a su vez fueron especialmente relevantes para nuestro autor: Dante, Milton y Blake; el examen somero del modo en que usaron la Biblia en su propia obra puede enriquecer, pensamos, la comprensión del modo en que la usó Borges.

En la segunda parte, «Borges ante la Biblia», entraremos ya plenamente en el objeto propio de nuestra investigación. Esta parte consta de tres capítulos. El primero, a partir de ciertos datos biográficos y declaraciones del propio Borges, rastrea los orígenes de su interés por la Biblia y trata de mostrar el profundo aprecio del escritor hacia este texto y la valoración que hace de él. El segundo gira en torno a una cuestión filosófico-teológica que le cautivó: la idea de una escritura inspirada por la divinidad, la idea de un texto cuyo autor es el mismo Dios; esta cuestión está estrechamente ligada a otra, la del interés de Borges por la Cábala, tratada ya en profundidad por otros autores como Jaime Alazraki o Saúl Sosnowski. El tercero se ocupa de la peculiar deuda reconocida por Borges respecto al Libro de Job.

La tercera y última parte, «La Biblia en Borges», que acaso contiene la aportación más personal, presenta a los cinco personajes bíblicos —tres del Antiguo Testamento y dos del Nuevo— que, en nuestra opinión, tienen un mayor peso conceptual en la obra de Borges. Esta parte se compone también de tres capítulos: uno para el sabio Qohélet (el Eclesiastés), otro para Adán y Jesucristo, y otro para Caín y Judas.